

hacia ya dos años que no se permitía recibir Novicios. A los agudos dolores del Padre se añadían los sufrimientos de las Casas y de las Provincias pobres, porque no podía atender á sus necesidades, ni tomar parte en sus asuntos. El 2 de julio escribía á Florencia contestando á la carta del P. Apa. «No me es posible ingerirme en sus negocios: pido á nuestro Señor que le sirva siempre más y más la Religión. En cuanto á dar el hábito á los Novicios, no pasa pena alguna el que debe y puede hacerlo; y yo, que lo deseo, no puedo hacer nada». Y el 29 de julio le escribía de Padolino el P. Franchi: «Cuatro estudiantes piden nuestro hábito: son sujetos excelentes, y tres de ellos de familias nobles». Y el 28 de agosto, de Nicolsbourg: «Paso á hablar á V. P. de los que piden nuestro hábito: pareceles un siglo el tiempo que les falta». No faltaban los Novicios, como puede verse por estas cartas y por otras muchas que pudiéramos citar; pero no se los podía recibir: lo había prohibido por dos años el Santo Oficio, y los dos años se iban alargando. La muerte entre tanto hacía muchos vacíos; pero el desaliento iba á hacer muchos más.

Y mientras hacía esperar su sentencia la Congregación de los Cardenales, no se dormían los dos ángeles malos: era una guerra de alfilerazos con que diariamente se hería el corazón de nuestro Santo. Por un lado, las persecuciones de los malvados; por otro, los incesantes lamentos de los buenos, de modo que no tenía momento de reposo el santo anciano. No se concibe cómo á su edad no perdió la cabeza y la vida. Era ciertamente una maravilla aquella existencia prolongada más de lo posible en medio de tantas enfermedades físicas y morales. El 3 de abril le escribían: «Los terribles rayos lanzados por el P. Visitador contra nosotros que ningún pecado hemos cometido, han turbado horriblemente á esta Provincia de Alemania». El mismo afecto de los Religiosos, siempre constante, era para él un martirio. Los veía que preferían su autoridad paternal á la tiranía desgraciadamente legal de los nuevos Superiores, y hubiera deseado que como él se sometieran todos á aquellos intrusos. Privado de Secretario, tuvo que escribir en un solo día cuatro cartas á Génova, predicando la más perfecta sumisión. «Grande es la pena que tengo viendo á los Religiosos que resisten al P. Visitador y al P. Esteban. Esa desobediencia no sólo hace perder mucho á esa casa, sino que además destruye la estrecha unión y la buena armonía de nuestra Religión. Por lo tanto, les pido que obedezcan puntualmente á todo lo que se les mande, y que obliguen á los otros á hacer lo mismo, siempre que sea necesario: me darán con ello gran gusto, y no sacaré poco provecho la Religión». Y escribía á otro el 9 de abril: «Por este mismo correo recibirán Vds. las letras de nuestros Superiores; présténles obediencia y fidelidad».

A pesar de sus súplicas, no eran pocas las casas que se negaban á someterse á tan injustas providencias. Tratábanlos al

punto de rebeldes los dos cómplices, y llamaban seductor á nuestro Santo, haciendo recaer en él toda la falta y todas las delaciones. Defendióse José admirablemente. El 2 de abril escribía á los Padres de Pisa. «A ninguno de los Padres de Pisa he escrito que no obedecieran á las órdenes de Mario de feliz memoria, ni á las del P. Esteban, actual Superior. Al contrario, por cuanto sé y puedo, exhorto á todos á que obedezcan no sólo á su voluntad, sino aun á sus mismos signos. Les aseguro que este Padre no desea más que la felicidad de esa casa, como lo verán, cuando se presente la ocasión» Y decía el 3 de mayo: «Padre Apa, escriba V. R. á los Padres de Pisa para que estén prontos á obedecer al P. Esteban y al P. Visitador Apostólico, porque dicen que hasta la fecha se han mostrado rebeldes á su autoridad.»

La muerte de Urbano VIII mostró bien el espíritu profético de San José. (1)

Habiendo caído gravemente enfermo el Papa, escribió el Santo el 23 de julio: «Por todas partes dicen que va á vacar la Santa Sede: rueguen por el Papa actual y por su sucesor.» Sacaron de aquí que anunció la muerte del Papa, que sucedió, en efecto, seis días después, el 29 de julio de 1644. Yendo un Padre á San Pedro á ofrecer la misa por su alma, preguntó al Santo quién sería el sucesor: José respondió: «Después de las abejas es justo que venga la paloma.» Aludía al escudo de armas del difunto Barberini y de su sucesor Panfilí. Interrumpió un día la conversación diciendo: ¿No sabéis que será Papa el Cardenal Panfilí? Cuando sus enemigos lo representaban como privado de razón, muchos que conocían su espíritu profético acu-

(1) En los diarios del 29 de septiembre de 1883 encontramos el curioso suelto que sigue. Acaba de morir á los 82 años de edad en Chateaufort Calcernier, cerca de Orange, uno de los miembros de una grande y poderosa familia romana, la de los Príncipes Barberini que dió á la Iglesia un Papa, Urbano VIII.

Santiago Barberini era modesto agricultor de Chateaufort; pero una de las habitaciones de su casita tenía una bóveda ojival, y en la clave de la bóveda estaba el escudo con tres abejas, que perteneció á sus padres. Desde los primeros días del siglo XIII hallamos á los Barberini á la cabeza de la villa de Chateaufort: sólo 60 años después aparecieron en Italia.

Hacia la misma época encontramos que uno de ellos era Síndico del Monasterio de San Miguel de Frigolet. A principios del siglo XVI una de sus ramas fué á establecerse en Boulbón, donde pronto se elevó á la primera clase, y donde tenía el sobrenombre de Papa. En el siglo XVIII un miembro de aquella rama fué investido de las funciones de subveguer de la Veguería de Tarascón, donde sus descendientes pertenecen á la primera clase.

Bajo Luis XIV fué á París el Cardenal Barberini para representar á su tío en el bautismo del Delfín, y á consecuencia del accidente de un carruaje se vió obligado á detenerse en Chateaufort. Conoció allí al cura del lugar que era un Barberini, y por él á todos los miembros de la familia de este último, á quienes reconoció por sus verdaderos y reales parientes.

Santiago Barberini que acaba de morir era honrado á carta cabal: con él se extingue en Chateaufort el nombre de los Barberini, que sobrevive todavía, gracias á Dios, en Boulbón, en Tarascón y en Aix.

dian á preguntarle por el sucesor de Urbano VIII. El sacerdote Martini, de familia noble, vivía en casa del Cardenal Panfili hacia algunos años. Fué á preguntar á José si debería permanecer al servicio del Cardenal, y nuestro Santo le aconsejó afirmativamente: se aprovechó de la ocasión Martini para preguntarle quién sería el Papa. «Será el que Dios quiera, le respondió; yó no soy profeta, y no estoy metido en los secretos de Dios.» No pudiendo conseguir más el sacerdote, encargó al H.^o Ferraro, que servía al santo anciano, que le arrancase el secreto. Le acosó de tal manera el H.^o, que el Santo le dijo: «¡Qué sea enhorabuena! será Panfili, sí, será Panfili.» El 14 de septiembre le hizo la misma pregunta Mgr. Fiorentillo, amigo íntimo del Padre: «Será Panfili ó Crescencio, respondió: pero será Panfili, será Panfili.» En efecto, al día siguiente, 15 de septiembre, eligieron á aquel Cardenal, que tomó el nombre de Inocencio X. Dios, que le había dado á conocer aquella elección, le había sin duda revelado que aquel Papa daría el último golpe á su Instituto.

Parecía que podían fundar las mejores esperanzas las Escuelas Pías en la rectitud del nuevo Pontífice. Por desgracia, le rodeaban personas poderosas, animadas de intenciones bien diversas. Copiamos aquí palabra por palabra al historiador Talenti. «Conocía todo el mundo, dice, la autoridad que durante aquel Pontificado ejerció una persona noble que se confesaba en San Pantaleón, y que llevaba consigo á otras personas. Lo que más le afligió fué verse privada de su confesor, el P. Taccioni, anciano de 66 años, y de vida muy ejemplar. Por orden del Cardenal Protector, acosado por un Religioso de otra Orden, el General había trasladado á aquel Padre á Norcia. Considerólo como una afrenta la persona á que aludimos, y conservó el odio más violento á las Escuelas Pías»: Talenti que escribía un siglo después de aquellos sucesos, no creyó conveniente revelarnos de una manera explícita el nombre y la calidad de aquel nuevo causante de las desgracias de José. Nos parece que la persona que lleva á otras personas en su compañía para confesarse, y que ha concebido semejante odio contra el General, no puede ser sino una mujer. Si es así, quizá nos dé á conocer el nombre el historiador Rohrbacher. Dice lo siguiente en el número 87 de la historia de la Iglesia: «Entre sus parientes estaba Olimpia, su cuñada, viuda de su hermano, á quien confió el gobierno de su familia. Como en las cosas de casa pretendía tener ingerencia en los negocios públicos. Tenía también un sobrino casado, hijo de Olimpia, y cuya mujer abrigaba iguales pretensiones». Casi lo mismo dice en el libro 77 Henrión, tan favorable al Papado como Rohrbacher: «Todos están acordes en que Inocencio X había concedido demasiado imperio sobre sí, y gran parte en el gobierno á su cuñada Olimpia Maldachini, y á la princesa Rossana, su sobrina». Feller, tan breve como moderado en sus juicios, dice implícitamente lo mismo en su Biografía Universal. «Quizá no hubiera faltas que echar en cara á Inocencio X, si

hubiera sido un poco más indiferente para los intereses de su familia». Mucho más lejos va el Nuevo Diccionario Histórico por una Sociedad de hombres eruditos, escrito con la más mala intención. «Murió Inocencio X dejando una reputación equívoca á causa del demasiado ascendiente que permitió tuvieron sobre él Olimpia Maldachini su cuñada, y la Princesa su sobrina». No nos detendremos en refutar las infames aserciones de Leti: tiene demasiado poco valor histórico. ¿Cómo puede admitirse contra la evidencia, que un Papa de 72 años, cuando subió al trono Pontificio, y de 81, cuando murió, admirado de sus contemporáneos por sus grandes dotes, pudiera tener costumbres dudosas? Nos basta con decir en esta historia, siguiendo á todos los historiadores católicos, que concedió demasiada autoridad á aquellas dos mujeres, y que Talenti se refiere á la princesa Olimpia. Triste suerte la de José, víctima siempre de hechos de que no era responsable. Olimpia estaba muy pegada á su anciano confesor, y le llevaba otras muchas personas. Dominado por la envidia, pide un Religioso al Cardenal Protector el extrañamiento del Padre; el Protector lo exige del General, y el General concluye por ser la víctima del odio de aquella mujer omnipotente en el espíritu del Papa. La Providencia hacía que todo concurriese á su ruina, hasta sus actos más inocentes. El Cardenal Cesarini, que le era tan apasionado, había suscitado involuntariamente las terribles medidas de la Inquisición; obligándole á alejar de Roma al P. Taccioni, había movido contra él la más terrible de las venganzas, la venganza de una mujer, y de una mujer tan poderosa. Bajo Urbano VIII, en una época en que no era tan considerable su poder, queriendo Olimpia congraciarse con los poderosos señores Barberini, hermanos y sobrinos del Papa, había quitado á las Escuelas Pías el Noviciado de Montecaballo, para entregarlo á unas Religiosas protegidas por aquella familia. El ofendido, especialmente cuando es santo, olvida y perdona fácilmente la injusticia; pero raras veces tiene el ofensor alma suficientemente grande para reconocer y reparar su error: aborrece en proporción del mal que ha hecho. Olimpia hizo cuanto pudo para destruir la Orden; se ligó con el Asesor, Protector de Mario, después con su sucesor, el padre Esteban; y á su cuñada consultaba el nuevo Pontífice para la resolución que debía tomar con respeto á las Escuelas Pías. ¡Siempre la fatalidad!

De todas partes llegaban memorias y súplicas en favor de las Escuelas Pías. Absorbido el Papa por la multiplicidad de los negocios, no podía leerlos por sí mismo: los entregaba á aquellos en quienes había depositado su confianza, y eran todos ellos enemigos de José. El mismo lo escribe á su amado hijo, Padre Apa. «Dicen que los memoriales dirigidos al P. Santo, y subcriptos por toda clase de personas, han sido remitidos á Mgr. Albizi, para examinarlos y dar cuenta. Se espera el resultado, y dicen que nos será contrario. Haga el Señor que suceda lo que

»sea para mayor gloria suya». En efecto, no costó mucho trabajo al Visitador y cómplices ganar á su causa á la poderosa Princesa: la verdad no podía llegar al Soberano Pontífice, hábilmente asediado por el Asesor de la Inquisición y por su cuñada. Y conociendo nuestro Santo aquellos invencibles obstáculos, seguía siempre teniendo absoluta confianza en el Señor. «Hay »que orar con fervor, escribía al P. Berro, por el feliz éxito de »los negocios de nuestra Sociedad, atendido el número y el poder de nuestros adversarios. Esperemos siempre en la misericordia de Dios». A la oración añadía otros medios sobrenaturales: exhortaba de palabra y por escrito á sus queridos hijos espirituales que observasen exactamente las reglas; que edificasen á las gentes del mundo en su buena conducta; que guardasen todo comedimiento y respeto á los otros Religiosos, sobre todo, á los que pertenecían á la Compañía de Jesús. Les repite con frecuencia esta última recomendación, porque dibujábase en las Escuelas Pías alguna falta de afecto á los Jesuitas que formaban en primera fila entre sus adversarios. El 5 de noviembre escribía á uno de sus Padres: «Suplico á V. R. todo »lo encarecidamente que puedo que tenga en la mayor estima á »los Padres Jesuitas, y que se les manifieste, cuando llegue la »ocasión, pues la merecen después de ochenta años que los conozco. No eran ni podían ser los Jesuitas adversarios de las Escuelas Pías, pero se encontraban en un terreno común, en el de la enseñanza, y en aquella época eran los dos Institutos casi los únicos que enseñaban; de ahí aquellas pequeñas rivalidades de barrio inherentes á la pobre naturaleza humana. Y eran bien enojosas aquellas rivalidades en el momento en que por tantos lados tenían que defenderse las Escuelas Pías. Una Orden Religiosa pedía que no pudieran enseñar más que la lectura, la escritura y el cálculo, cuando hacía más de cuarenta años, desde los primeros días de su institución, que enseñaban todas las ciencias. Otras personas, sin querer destruir el Instituto, querían que se les redujera á la categoría de simple Congregación; hasta se llegó á hacer correr que José consentía en ello. Protestaba, y con razón, el Santo contra todas aquellas afirmaciones: sus concesiones hubieran sido la ruina forzosa de su Orden. Jamás se conseguirá que sacerdotes de valer, instruidos, eruditos, sabios, se reduzcan á enseñar perpetuamente nada más que el silabario. Eso es propio de instituciones laicas, y sería reducir á ignorancia perpetua á una Institución de sacerdotes. »Jamás, escribía el 10 de diciembre, jamás he consentido, ni »consentiré en que se contente nuestra Orden con enseñar á »leer, escribir y contar, y en que sea reducida á Congregación »de votos simples. Bien conocidas son mis intenciones de los Señores Cardenales nombrados.

Ya hemos visto que, no habiendo podido ponerse de acuerdo los cuatro cardenales nombrados por Urbano VIII, habían pedido otro colega para desempatarlos. Inocencio X acaba de

nombrar al Cardenal de la Cueva. José escribía el 31 de diciembre: «El miércoles último hablé con Su Santidad que ha »nombrado un quinto Cardenal para examinar nuestra causa. »Esperemos en Dios que todo quedará arreglado para gloria de »su nombre, y bien de nuestro Intituto.

Para honra de la Sociedad tan denigrada en aquellos momentos debemos hacer notar que los memoriales que llegaban al Soberano Pontífice eran en su mayor parte de Principes y de Soberanos. El 9 de noviembre de 1644 escribía á su Soberano el Barón Orsi, Embajador del Rey Ladislao IV de Polonia. En conformidad con las órdenes de V. M. he recomendado ardentemente al Papa la causa de las Escuelas Pías que tanto bien hacen en Polonia. «He suplicado humildemente á Su Santidad »que las proteja y defienda. Temen estos Padres que en la próxima reunión de Cardenales se trate simplemente de la supresión de su Orden. Es, pues, necesario que escriba V. M. una carta apologética, y yo me serviré de todo mi poder para destruir »todos los proyectos de los enemigos de estos padres» A su vez escribía Gondi, Secretario de Estado del Gran Duque de Toscana: «Los Padres de las Escuelas Pías nos han ayudado y consolidado mucho, instruyendo no solamente á los pobres, sino también á los nobles y ricos con maravilloso éxito. Parece que en la Congregación reunida para su estudio predomina el deseo »de que no enseñen sino los primeros elementos, la lectura, la »escritura y el cálculo, oponiéndose así á sus Constituciones. »Suplica Su Majestad á Vuestra Señoría haga cuanto pueda »para impedirlo, haciendo uso de los medios que crea convenientes. Se dice que esta persecución proviene de Mgr. Albizi »y de un Padre nombrado Visitador que lo enmaraña y dificulta »todo más y más cada día. Si quiere V. S., puede tratar este »asunto con el Cardenal de Médicis, induciéndole á proteger la »Orden que en tanta estimación tiene Su Alteza por las ventajas »reales que proporciona á sus súbditos. Añadiré á V. S. que le »quedara obligada toda la nobleza, si estos Padres conservan su »tan floreciente Escuela de Nobles.» Como se ve, se jugaba el todo por el todo; de ambos lados eran muy considerables las influencias; pero no ganaron las que estaban por la justicia.

En medio de acontecimientos tan deplorables seguía nuestro Santo su vocación de Padre de la juventud como en los tiempos de mayor bonanza, atendiendo con solicitud á las Escuelas y á los estudiantes. «A lo menos una vez por semana, escribía á »Frascati, debe V. R. asistir á las escuelas, haciendo declamar »á cuatro ó cinco de los más pequeños. Anime con su ejemplo á »los Padres y Hermanos, y estimúlelos á los mismos ejercicios. »Obrando así, sin más miras que la caridad, adquirirá más méritos delante del Señor que si estuviera en continua oración. »Porque son mucha verdad estas palabras que no sé á qué Santo »pertenecen, creo que á San Agustín: El que ora, obra bien; pero »el que ayuda á los demás, obra mejor. Debe saber V. R. que

»aunque soy viejo, voy con frecuencia á las Escuelas á ayudar
 »en algo. Formados con semejantes lecciones, profesábanle sus
 hijos la veneración más profunda, y lo consideraban como á un
 Santo. De los países más remotos iban expresamente á Roma
 para verle y oírle: en lo más recio de las persecuciones multi-
 plicábanse los milagros; no damos aquí cuenta de ellos para no
 interrumpir esta relación, y porque los hemos reunido en un ca-
 pítulo á parte. Y sin embargo tanta maravilla no abría los ojos
 á sus adversarios. Evidentemente había escogido Dios para su
 siervo el áspero camino de los padecimientos y de las humillacio-
 nes, y nada le hará salir de él. El mismo Cherubini conocía per-
 fectamente la santidad de su General: impedía á los afligidos
 que llegaban de lugares tan apartados, que hablasen con nues-
 tro Santo, ó les prohibía hablar á nadie del objeto de su viaje,
 y especialmente de los favores milagrosos que de él obtenían.
 Estaban en error voluntario aquel desgraciado y el Visitador,
 su cómplice; engañaban á los demás, pero nadie los engañaba á
 ellos más que su tan desahogada ruindad. Tardaba en venir so-
 bre ellos la venganza de Dios que tan pronto cayó sobre Mario:
 era necesario que llegara antes José á la perfección de la san-
 tidad. Concluyamos con estas palabras del Bienaventurado:
 «En la adversidad lo mismo que en la prosperidad conviene mos-
 trarse conformes con la voluntad de Dios, que hace que suceda
 »todo para el mayor bien de nuestra alma. El hombre prudente
 »sabe recibir todo lo que viene de su mano, y recibirlo con pa-
 »ciencia, dándole gracias por el honor que le dispensa.»



CAPÍTULO XXIII

REPARACIÓN

1645

DARECÍA que agotaba el Señor en José la copa de to-
 dos los dolores. En medio de la ansiedad más cruel
 y de los sinsabores más grandes que le venían de
 los asuntos de su Orden, fué atacado de una fiebre
 violenta y de una inapetencia absoluta que hacía más difícil su
 restablecimiento. Ya hemos visto que con frecuencia había es-
 tado enfermo en su vida; pero llegado á tan extremada vejez,
 se multiplicaban las enfermedades. Se necesitaba ciertamente
 que fuera de hierro su temperamento para resistir á tantos pa-
 decimientos y á tantos disgustos en una edad á que tan pocos lle-
 gan. Temiendo perderle sus hijos queridos en el momento en que
 era más necesaria su presencia, pedían á los médicos que hicie-
 ran imposibles para curarle. En cuanto á él ábandonábase en-
 teramente á una obediencia absoluta, á la voluntad de todos, de-
 jándose sangrar, y aceptando todo género de remedios. Asegura-
 do por su espíritu profético de una existencia aun larga relativa-
 mente, se servía de todos los medios humanos, como si realmente
 hubiera de morir. De todo corazón oraban sus buenos Religio-
 sos, y escribían á los que estaban distantes que se uniesen á
 ellos en el Señor. Después de veinte días de enfermedad, reco-
 bró la salud contra toda la esperanza. El mismo escribía el 11
 de febrero á su querido P. Berro: «Gracias á Dios he quedado
 »algo restablecido. Si es nuestra obra verdaderamente la de Dios,
 »conviene que dejemos obrar á su Providencia. Entre tanto no
 »debemos prescindir de los medios humanos, y *menos engañar-*
 »*nos* á nosotros mismos. Pongamos nuestra principal esperanza
 »en las oraciones que todavía se continúan. Espero que no será
 »aniquilada nuestra Religión, como lo pretenden algunos, sino
 »que en poco tiempo más quedará arreglado todo.»

Da á conocer en otra carta, pero sin revelar acritud de
 ningún género los esfuerzos de una poderosa sociedad para des-
 truírla. «Sabemos que los Padres..... hacen cuanto pueden
 »para arruinar nuestro pobre Instituto. Hablan á muchas perso-